

PARTE TERCERA

Imita á la madera de sándalo, que embalsama el hacha que la hiera.

PROVERBIO ÁRABE.

La gracia, separada de la hermosura, hace conquistas que nunca haría la hermosura por sí sola, separada de la gracia.

ANÓNIMO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1925 MONTERREY, MEXICO

I

Isabel acabó, aunque con sumo trabajo, todos los que la buena y cómoda Doña Escolástica habia confiado á su cuidado.

Aseó la cocina, aderezó el almuerzo, y despues de poner la mesa en el revuelto comedor, desembarazado por ella del modo mejor que le fué posible, sirvió la tortilla á Doña Escolástica, que empezó á trincharla con el rostro rebo-sando satisfaccion y alegría.

—Siéntese Vd., querida, dijo á Isabel la tendera: justo es que coma con descanso lo que tan bien ha hecho.

Isabel se sentó, y la glotona señora le sirvió un trozo de tortilla, que la jóven comió casi con hambre, pues su pobre estómago desfallecia desde hacia largo rato por falta de alimento.

—Está exquisito esto, dijo Doña Escolástica: ¿y los pastelillos? ¿estarán para la hora de comer?

—Espero que sí, señora, contestó Isabel.

—¿Cuidará Vd. también del puchero?

—De lo que Vd. me encargue.

—¡Ah! mire Vd., querida: ahí en ese cuartito oscuro que está á espaldas de Vd... ¿vé usted la puerta?

—Sí, señora.

—Pues bien: ¡ahí tengo un canasto de ropa de dos ó tres semanas sin repasar ni aplanchar, porque estas picaronas de criadas se han puesto de modo que no quieren hacer nada! y bien podía Vd. escoger la que no tenga que coser, y acercando á la lumbre dos planchitas irla estirando, en tanto que cuida del puchero y de los pastelillos.

—Señora, repuso Isabel sonriendo tristemente de la inteligente avaricia y del egoísmo de la tendera: lo que es por hoy no podré aplanchar, porque los pastelillos necesitan un cuidado incesante.

—Bueno: humedezca Vd. la ropa que esté sana, y mañana la aplanchará: con eso esta noche podrá repasar otra poca allá abajo en la tienda con la magnífica luz del quinqué, que alumbraba como un sol.

—Está muy bien, repuso Isabel.

—¡Son unas veladas agradables las que pasamos allí, prosiguió Doña Escolástica: ¡ahora, como el tiempo está tan hermoso! mire Vd., viene el Sr. Antonio, que es el zapatero de enfrente, con la señora Petra su mujer, y el guarnicionero de la esquina, con su madre: es un muchacho rico y buen mozo, que no pierde una corrida siquiera, y que rasguea la guitarra que la hace hablar: si Vd. cantara un poquito, la fiesta sería completa.

—No sé cantar, señora, dijo Isabel, cuyo corazón se oprimía al pensar en la tertulia de la noche.

—Vamos, eso será modestia, observó la tendera, que leía novelas y empleaba á veces frases bastante escogidas.

—No, señora, respondió Isabel: es la verdad.

—Pues es lástima: porque aquí se adiestraria un poco cantando alguna habanerita y algunas coplas, y enseguida tenia Vd. un ajuste para la Zarzuela con doce ó catorce reales: aunque solo fuera para corista; principio quieren las cosas: la criada de una amiga mia ha sido ajustada sin más que por haberla oído cantar desde la calle uno de los empresarios: pero tenia una excelente voz, y se acabó: Vd. con esa figurita,

que, aunque pequeña, es linda, podía hacer mucha suerte.

Isabel calló, no sabiendo qué contestar á la verbosidad de su huésped.

—A mí me gusta la Zarzuela *con delirio*, prosiguió la obesa señora: en la ópera me duermo: como no entiendo lo que cantan ni cosa ninguna, me aburro: pero lo que es en la Zarzuela, me divierto á las mil maravillas, y no falto ningún domingo: ahora iré más á menudo, porque Vd. se quedará en casa, siendo, como es, una muchacha de confianza: por eso la sienta á usted á comer conmigo, que con ninguna otra lo he hecho.

Isabel miró atónita á Doña Escolástica.

Era indudable que contaba tenerla por criada.

—Señora, dijo: yo no podré estar largo tiempo en su compañía de Vd.: he de buscar otro acomodo donde gane más de lo que Vd. me dará.

—Yo le daré á Vd. cincuenta reales cada mes: y luego, como Vd. tiene ya su sueldecito... en fin, allá veremos.

Isabel calló: conoció que tenia que dejarla con aquella esperanza, pues de lo contrario podía echarla de su casa y no tenia otro abrigo.

Después del almuerzo, Isabel levantó la mesa, se llevó el servicio á la cocina, y se ocupó activamente de limpiar el vidriado, poniéndose en seguida á arreglar la masa para los pasteles que tanto ansiaba comer Doña Escolástica.

La jóven conoció en aquella ocasion cuán útil es saber hacer todo lo que se necesita en una casa: entonces comprendió tambien la verdad de aquel refran que dice:—más largo es el tiempo que la fortuna.

—¡Perdon, Dios mio! exclamó alzando al cielo los ojos, á través de la pequeña ventana de la cocina que se hallaba abierta: ¡perdon por haberme quejado de mi suerte! En tanto que dais la salud y el valor como dones inestimables de vuestra mano providente, ningún mortal debe llamarse infeliz: ¡conservad mi fortaleza para que no desmaye, y es todo lo que necesito hasta que envíeis un rayo de sol á la oscuridad de mi desgracia!

II

Isabel sirvió la comida á su hora, y los pasteles, que salieron, en verdad, deliciosos.

Felipa vino para llevarlos al horno, y se esperó para traerlos cocidos.

Doña Escolástica se comió docena y media, y con la boca llena alababa á más y mejor á Isabel, diciéndole que no saldría de su casa aunque tuviera que darle cada mes tres duros de salario, pues los merecía por su habilidad.

Como la buena señora era tan glotona, aunque comió á las tres, hubo que prepararle cena para las once: Isabel aprovechó la velada para buscar la ropa, de que le habia hablado, prefiriendo esto á bajar á la tienda á formar parte de la tertulia, y á oír las árias del zapatero.

Doña Escolástica halló su cena bien hecha y servida con una pulcritud á la que no estaba acostumbrada.

El mantel limpio: los platos lavados y bri-